

COVID

Catastrofismo climático o pandémico para llevarnos al confinamiento

CREACIÓN

05_10_2020



**Eugenio
Capozzi**



Desde hace algún tiempo, han surgido vínculos entre el ambientalismo apocalíptico "gretista" y los partidarios de la estrategia general de "lockdown" adoptada por algunos gobiernos occidentales principalmente en Europa, para combatir el virus Covid-19.

Muchos seguramente recordarán en los últimos meses, en el período de mayores restricciones debido a la pandemia, las declaraciones casi triunfantes de las organizaciones "verdes" porque las fotos de los satélites mostraban cómo en Asia, pero también en Europa, la contaminación del aire había disminuido drásticamente; porque las emisiones de dióxido de carbono definitivamente habían disminuido, o incluso porque con la disminución de la presencia humana en áreas urbanas y suburbanas, la naturaleza estaba "recuperando sus espacios".

Pero ahora la atracción irresistible de los ambientalistas perpetuamente

ansiosos por el destino del ecosistema por el "quédate en casa" anti pandémico es explícitamente reivindicada por la principal fuente de la campaña alarmista en marcha desde hace casi veinte años sobre el origen antrópico del "calentamiento global": el IPCC (Intergovernmental Panel on Climate Change), una agencia ad hoc que opera dentro de la ONU. En un estudio publicado recientemente por esta agencia, el climatólogo Ralf Sussmann, sostiene que "para reducir la concentración de CO₂ en la atmósfera a largo plazo, las restricciones impuestas durante la pandemia deberían mantenerse durante décadas, pero incluso eso estaría lejos de ser suficiente", tras recordar que, durante el período de los bloqueos más intensos, las emisiones de CO₂ se redujeron en un 17%, con un pico del 26%. Para cumplir con los compromisos asumidos por los países firmantes del acuerdo de París de frenar el crecimiento de la temperatura media del planeta en 1,5 grados centígrados, prosigue el científico, sería necesario adoptar medidas que cada año dupliquen la cuota de emisiones perdidas prevista para 2020.

En definitiva, según los profetas del cambio climático, para poder vencer el calentamiento global no bastaría con detener la producción industrial, el transporte aéreo y terrestre, la movilidad urbana durante dos o tres meses al año en todo el mundo, sino que incluso debería extenderse la parálisis general cada vez más con el tiempo, casi hasta el punto de volverla permanente. Por supuesto, este argumento por sí solo demuestra cómo el acuerdo de París, como el acuerdo de Kioto anterior, fue una farsa gigantesca con fines propagandísticos. Admitido y no concedido, de hecho, realmente existe una correspondencia entre las emisiones de dióxido de carbono y la temperatura global, la humanidad podría alcanzar las metas fijadas en ella solo a través de un casi suicidio colectivo: "apagando" la industria, el comercio, las comunicaciones, y mandando prácticamente en letargo a miles de millones de personas durante una década. Y está claro que las clases políticas de los distintos Estados miembros, por sensibles que sean a las sirenas del "gretismo", no tienen (¡por ahora!) ninguna inclinación suicida, ni deseos de volver a la era de las cavernas. Además, uno tiene la clara impresión de que toda la retórica sobre la conversión verde de la economía

mundial no son más que pura palabrería, y que el impacto de esa conversión en el clima sería mínimo.

Pero lo más sorprendente en los argumentos de Sussmann, como en los de otros que comparten sus firmes certezas, es el hecho de que hablan de los efectos ambientales de cualquier nueva restricción en la vida colectiva como si esta última no tuviera repercusiones en la vida individual y colectiva de la humanidad, sobre el PIB, sobre la renta per cápita, sobre el empleo, sobre el bienestar. Los ambientalistas monotemáticos centrados en el problema climático y en la "salvación de la Tierra" parecen venir de otro planeta, donde no es necesario trabajar para vivir, donde no hay necesidad de producir, distribuir, consumir, conectar, moverse para mantener y aumentar el nivel de vida medio de las poblaciones.

Imaginemos, señores, ¿qué pasaría si de verdad durante una década el aparato productivo de los países industrializados realmente "apagara los motores", o los mantuviera funcionando al mínimo? ¿Qué reacción en cadena catastrófica de recesión, desempleo, aumento de la pobreza se generaría? ¿Cuáles serían las repercusiones de esta dinámica en la cultura, la escuela, la investigación (incluso en el sector en donde trabajan los climatólogos del IPCC), la salud colectiva (¿no sólo tendríamos Covid-19!)?

Tales discursos realmente confirman los peores prejuicios sobre el tipo de ecologismo más extendido hoy en Occidente: la impresión, es decir, que para ellos la humanidad representa una variable dependiente, una entidad despreciable, sino solo un factor "perturbador" con respecto al "ecosistema", que parece ser su única preocupación. Desde este punto de vista, la conexión cultural entre "gretismo" y "encierro", entre la obsesión climática y la pandémica, no parece episódica sino estructural. Ambos fenómenos surgen de una transposición radical en el nivel secular de tensiones propias de las religiones monoteístas, y en primer lugar del cristianismo: en particular el milenarismo y la espera escatológica / apocalíptica. Ya presentes en las ideologías del siglo XIX, con el declive de estas últimas y la aceleración de los procesos de globalización, esta transposición se ha traducido en Occidente en una tendencia cada vez más extendida y contagiosa a la psicosis colectiva. Una psicosis que se ha desbordado prevalentemente sobre las cuestiones medioambientales, desde el miedo a la energía nuclear al "efecto invernadero", hasta el cambio climático, pero que ya ha encontrado una salida en las últimas décadas en los miedos a virus desconocidos y en la

idea de una pandemia inminente.

El catastrofismo ambiental y el pandémico comparten el traspaso del sentimiento de pecado y expiación del plano trascendente al inmanente: la angustia de los individuos sin más fe encuentra una salida en la idea de que sus comportamientos personales, respeto o no por ciertos "preceptos" pueden contribuir decisivamente al destino del planeta o a salvar a la humanidad del contagio. Pero, sobre todo, ambas visiones apocalípticas trasladan el sentimiento de culpa del plano individual al colectivo, identificando en el desarrollo económico, en el capitalismo, en el consumo, en el crecimiento, incluso en las actividades lúdicas y recreativas las causas de los males que se abaten sobre la misma humanidad.

Por eso, desde ambos puntos de vista la paralización de la economía, la recesión, incluso la limitación de las libertades personales, no se ven como un problema. De hecho, la mortificación de la civilización humana, y en particular de las sociedades industrializadas, satisface la necesidad imperiosa de expiación, por los sacrificios (humanos) presentes en los seguidores de estas "religiones".